

# EL ECO LITERARIO.

## JURISPRUDENCIA PRÁCTICA.

*Causa instruida en el juzgado de primera instancia de Novelda contra Antonio Bolo, sobre heridas á José Vallejos y otros y muerte á José Iborra.*

(Continuacion.)

«**H**ASTA la época del suicidio no resulta el menor indicio de perturbacion mental, debiendo considerarse como pruebas positivas de cordura, la licencia de cumplido con buena nota en el servicio militar que obtuvo Bolo un año antes, y el hecho de estar egerciendo el destino de agente de proteccion y seguridad pública. Ambas cosas suponen que se hallaba habitualmente en el uso ordinario y regular de su razon. Cuando intentó suicidarse, y durante la curacion de las heridas padeció una monomanía suicida, efecto tal vez de causas morales ignoradas que determinaron su natural predisposicion; pero fue un accidente pasajero que duró hasta la convalecencia, sin dejar en pos de sí motivos para temer que se reprodujese. Así lo declararon los facultativos. Despues acá ya no se halla la menor circunstancia que induzca á presumir la enagenacion mental, ni de ella se ha dado prueba alguna por parte del reo, á pesar de haberle alegado como escepcion en la defensa. Por el contrario, los cuatro facultativos que por orden del juez le observaron en la misma noche fatal de la ocurrencia, le hallaron en su estado normal, sin advertir en él ninguna perturbacion, por la que se pudiera inferir ningun acto de locura ni de embriaguéz, y el mismo reo aseguró en la declaracion indagatoria ratificada en la confesion, que estaba sereno y en su cabal juicio cuando fue á buscar á Vallejos para ver si era tan hombre como él, así como cuando punzó á éste y á los demas que encontró en la calle y se le aproximaban. Es evidente, pues, que Antonio Bolo obró con la libertad moral necesaria para la imputacion del delito, y el fiscal, cediendo á esta evidencia, procederá á acusarlo con el ánimo tranquilo y libre de las dudas que le asaltaron en un principio.

«En medio de la deplorable frecuencia con que vemos reproducirse el atroz delito de homicidio, pocos egemplares se ofrecen de una ferocidad igual á la que presenta esta causa. Antonio Bolo ha escedido á la mayor parte de los homicidas voluntarios y alevosos. Iracundo y rencoroso hasta un grado que parecia increíble si no lo estuviésemos viendo, sin mas antecedentes ni motivo que una disputa de poca importancia que en la tarde del dia 12 de Diciembre último habia tenido con José Vallejos, se arma con un sable y una daga, y se dirige en su busca entrada la noche, y há-

llale á la inmediacion de su casa, y le embiste con el sable; á los gritos de Vallejos sale la muger de éste, y lo que era natural, trata de impedir que mate á su marido; sobre los dos descarga Bolo su daga, y hiere á ambos peligrosamente; acomete en seguida á cuantos pasaban por la calle, sin mas que por figurársele que iban en defensa de Vallejos; hiere tambien á José García y Francisco Costa, salvándose con la fuga Antonio Diaz y Antonio Peñalva, y mató en el acto al anciano septuagenario José Iborra, causándole dos heridas mortales por necesidad. Tal es el estrago que en breves instantes hizo aquel hombre feroz y desalmado por vengar una leve ofensa que dijo haberle hecho aquella tarde José Vallejos, suponiendo que era mas hombre que él, y así resulta plenamente acreditado en la causa por las declaraciones de los testigos nombrados, por la de Antonio Vallejos y la propia confesion del reo. La justicia exige que espie tanta atrocidad en la última de las penas, y el fiscal, en cumplimiento de la ley, pide la confirmacion del definitivo.”

Producida la correspondiente defensa por escrito, y seguidos los trámites regulares, la Escma. sala de esta audiencia dictó sentencia de muerte contra Antonio Bolo, de la que, por no ser enteramente conforme con el fallo del juez inferior, se interpuso súplica y en grado de revista el jóven y distinguido letrado D. Mariano Die, dijo: «Escmo. Sr.: Hoy viene el defensor de Antonio Bolo ante V. E. para conseguir si puede la enmienda de un decreto de la sala originaria en que se impuso á aquel pena de muerte. Que viene con confianza, es cosa clara, porque trae el convencimiento de que nunca razones mas fundadas hubo para conseguirlo, merced á esa ley que sancionó S. M. en 19 de marzo último, y cuya aplicacion encomendó á la rectitud de V. E.

«Ahora, pues, que de tan interesante punto se trata, me ha de consentir la sala reproducir tambien aqui las razones que en defensa del mismo se alegaron al tiempo de la vista, razones sobre las que llamo muy particularmente la atención de V. E., porque aunque pueda equivocarme, créolas bastantes para mi propósito, y mas cuando al mérito que pudieron tener en otra ocasion, se agrega el de las que se sacarán hoy de esta ley.

«Sentado este precedente, tres son, Sr. Escmo., las razones capitales en que se funda hoy el defensor para creer que no puede imponerse á Antonio Bolo pena de muerte: Primera. *Porque no está plenamente justificado en esa causa que fuese Bolo el autor del homicidio cometido en la persona de José Iborra.* Se demostrará. Segunda. *Porque aun en el caso negado y no probado de que lo fuese, no hubo en aquel acto completa libertad en el agente, y faltó tambien en mi cliente la intencion de causar el mal que son los elementos constitutivos del delito.* No quedará duda á V. E. Tercera. *Porque no habiendo concurrido á la consumacion del delito en el caso que lo sea, y Bolo su autor, ninguna de las circunstancias marcadas en el art. 324 del Código penal, la pena que esta ley impone al homicida es menor que la consignada en la respetable sentencia de vista, y como esta no cause egecutoria mediante la suplicacion que se interpuso, debe moderarse aquella, para que en exacto cumplimiento del art. 20, disfrute el reo del beneficio de la ley.* Para otra cosa no hay al parecer razon. Se probará.

«Antes de ello y para proceder con el orden que he sentado las proposiciones, me ocuparé de la primera: *No puede imponerse á Bolo pena de*

muerte, porque no está plenamente justificado en esa causa que sea el autor del homicidio cometido en la persona de José Iborra.

«Y cosa es esta muy fácil de comprender y explicar. Ahí están nuestras leyes de partida, leyes recopiladas, leyes novisimas, y V. E. sabe muy bien que segun ellas ha de existir plena prueba para imponer á un hombre pena de muerte, así como que aquella solo puede nacer de documentos ó de declaracion de testigos ó de confesion judicial. Las mismas leyes indican la virtud y eficacia de los documentos, el número y calidad de los testigos y el carácter de la confesion, para que alcancen á producir completa prueba.

«Pues bien, señor, en nuestro caso no hay documentos de ninguna clase que perfecta ni imperfectamente acrediten ser Bolo el autor de aquel delito.

«Testigos solo hay dos, que aunque bastantes en número para formar lo que llamamos prueba plena, ninguno de los dos responde con el convencimiento y ciencia cierta que la ley exige de que fuese mi cliente el que les acometió, dando muerte al anciano Iborra. Si, pues, les falta la circunstancia que mas recomienda en sus dichos la razon, y sin la que abiertamente los rechaza la ley, no puede deducirse de ello tampoco la prueba necesaria, precisa al efecto. Y de hecho, señor, no la hay.

«Tampoco confesion judicial, no solo segun la ley, sino que hasta segun la razon.

---

## A LA LUNA DE VALENCIA.

---

(Continuacion.)

Se paró debajo de la ventana que habian abierto, y dijo con voz muy baja:

--¿Inés?

Inés contestó desde arriba en el mismo tono.

--Yo soy.

--¿Me esperabas?

--Sí á fé.

--Disculpa mi tardanza pues.

--Me tienes muy enojada.

--¿De veras?

--Sí, y no te perdonaré, en tanto no me digas donde has estado.

--¿Lo ignoras acaso?

--Mucho que sí.

--¡Tú te chaceas, Inés!

--No por cierto: ¿no sabes que quien quiere necesita una explicacion satisfactoria?

¿Crees por ventura que habré estado haciendo el amor á otra?

--Quién sabe, caballero.

Esta palabra le advirtió á Juan, que su amada efectivamente estaba enojada con él.

Y por mucho que halaguen el amor propio del hombre, los celos de una muger son sin embargo una espina cruel. Así que añadió lo mas dulcemente que pudo.

--¿Tienes celos?

--¡Celos! contestó Inés con la mayor distraccion: estoy persuadida de tu firme amor. ¡Oh! añadió con ese tono burlon propio de una muger cuando se empeña en martirizar á alguno.

--¿Puedo tenerlos de tí?

--¡Inés, Inés! contestó Juan, conociendo el giro torcido que iba tomando la conversacion, y procurando á todo trance salir del apuro.

--Te suplico un favor.

--¿Cuál?

--Que no hablemos mas de eso.

--Sea como quieras, repuso Inés con la mayor indiferencia.

--¡Eso mas, señora! replicó Juan viendo que el disgusto de su amante crecia por momentos.

--¿Ignoras por ventura que he acudido á la cita con la exactitud de un soldado?

--Y sin embargo, ¿ignoras tambien que el que espera desespera?

--Esa es disculpa que no puedo admitir.

--Estás exigente con tus respuestas.

--Mas tú, Inés: esto me hace creer que vacila tu amor.

Y como al mismo tiempo Inés soltase una carcajada, el pobre Juan quedó tan silencioso como un mudo.

Inés conoció el daño que habia causado y procuró remediarlo, pero á decir verdad, le halagaba al mismo tiempo el golpe que habia acertado á su contrario.

Esto sucede con frecuencia; porque por mucho que ame una muger, siempre le halaga mandar como señora. Inés amaba en aquel momento, y sin embargo, al oir el tono humilde con que Juan intentaba ahuyentar sus supuestos enojos, ella gozaba interiormente observando el efecto que producian sus palabras.

Un breve silencio siguió á esta conversacion, durante el cual Inés escogió el medio de volver la alegría á aquel corazon que con tanta dureza habia tratado. Así que dijo dando á su voz una inflexion que revelaba bien á las claras que estaba dispuesta á conceder el perdon á su amante, tan pronto como éste se apresurase á forjar una disculpa.

--Pero dime, ¿de dónde vienes?

--¡Oh! ¿no lo sabes?

--A fé mia que no.

--De casa la señora Macaria. Me ha revelado un secreto que te interesa.

--¿De veras? repitió Inés, sin dejarle acabar la frase.

--¡Oh! lo juro por mi amor.

Y creyendo que habia oido un suspiro, exclamó:

--¿Con que me amas? ¡Ah! soy en este momento el hombre mas feliz.

En este instante la lluvia caia á torrentes. Juan que habia tenido la precaucion de abrir el paraguas, defendia su persona lo mejor que podia; pero era en vano. Una ráfaga de aire le rompió en el acto la única arma que le restaba para guarecerse. Viéndose en aquel conflicto se refugió primero debajo del soportal de la casa frontera: inútil precaucion:

el aguacero iba siendo cada vez mayor. No le quedó otro recurso que apelar á la generosidad de su amante. Así lo hizo en efecto:

--Inés, dijo, me es imposible resistir por mas tiempo en este sitio. Abre la puerta, y concédeme siquiera un albergue, hasta que haya cesado la lluvia.

--Me es imposible, repuso Inés.

--¡Oh! ten compasion de mí. Te juro por mi honor que haré inviolable tu morada, y te revelaré un secreto que te interesa.

--Pero te verán.... y de noche.... á solas con una muger....

--¿Qué importa? en circunstancias críticas....

--Pues, añadió Inés, medidas extraordinarias. ¡Oh! no, no puedo.

--Eso es una inhumanidad. ¡Ah! te lo suplico por favor.

--Es imposible, Juan.

--¿Por qué? replicó éste tiritando de frio.

--Esta noche no puedo, mañana.... cuando quieras, como no sea esta noche.

Y pronunciaba estas palabras con la mayor turbacion.

Juan creyó que otro rival afortunado le estaba robando el amor de aquella muger que idolatraba, y añadió con resolucion:

--Pues bien; ya que no quieres, llamaré.

Y salió de su guarida resuelto á egecutar su proyecto.

¡Oh! si tal haces, contestó Inés colérica, olvidaré hasta los beneficios que he recibido de tí.

Juan, que tenia cogido el aldabon de la puerta, se quedó como si hubiera sido herido por un rayo.

Al mismo tiempo se oyó un murmullo y el andar de alguna gente que se acercaba con precipitacion hácia este sitio. Juan volvió al instante de su aturdimiento, y oyó que decian:

--Que no se escape. Debe haberse ocultado cerca de aquí.

--¡Cielos! exclamó, si me encuentran, me prenden. ¿Qué hacer?

Juan iba á intentar el único medio de salvacion que le restaba. Ya se disponia á suplicar á su amante le concediese el favor de ocultarle, cuando oyó la voz de Inés que decia:

--¿Qué ruido es ese?

--¡Ah! estoy perdido, contestó.

Y se volvió á oír otra voz mas cercana todavía.

--Que muera, si hace resistencia.

--¿Has oído? exclamó Juan.

--¡Quieren prenderte!

--No á mí, pero si me encuentran en este sitio.... á estas horas.... en una noche tan mala, me tomarán por un ladron ó un asesino, creerán que soy el que buscan, y me encerrarán en la cárcel, llevándome atraillado como un perro.

--¡Trance fatal! exclamó Inés. Espera, voy á salvarte.

Inés cerró la ventana, tomó una luz y empezó á bajar la escalera. Al pasar por delante de la habitacion de Estefania, sintió que le faltaba la respiracion. Se paró un momento, como preguntándose á sí misma la causa de aquello que le pasaba. Vió luz, aplicó el oído, y se convenció de que reinaba el mas profundo silencio.

--Duerme, dijo para sí.

Dió un paso mas, y oyó las mismas voces en la calle.  
 --¡Que no se escape! decian.  
 --¡Será tarde! exclamó Inés.  
 Y se precipitó por la escalera.  
 Llegó á la puerta, cogió temblando el cerrojo, y al descorrerlo, oyó la misma voz que repetía:  
 --¡Ah traidór! ahora no te escaparás. A la cárcel!  
 Otra voz contestaba en medio del mayor dolor:  
 --No soy el que V. busca.  
 Era la voz de Juan.  
 Inés al oirla dió un grito, y huyó como la tímida cervatilla, herida por el cazador. Llegó á su cuarto.  
 --¡Cielos, no puedo mas! exclamó, y cayó al suelo.

**P O E S I A S .**

**R O U D O R D E L L O B R E G A T .**

**P O E M A E P I C O E N T R E S C A N T O S .**

**C A N T O P R I M E R O .**

**I.**

Cual reina de sus damas rodeada,  
 Reina entre reinas, bella entre las bellas,  
 Recorria la luna plateada  
 El cielo, precediendo á las estrellas,  
 Cuando en la mar de Mármora encantada,  
 Do coquetas se miran todas ellas,  
 Cual cisnes mil de nitida blancura  
 Navega nuestra flota á la ventura.

**II.**

Era la noche plácida y serena,  
 Cual la faz de quien hizo noche y día;  
 Como el leon cansado en la ancha arena,  
 Sobre su inmenso lecho el mar dormía;  
 Sin viento alguno la nudosa entena  
 Con languidez las velas sostenía,  
 Y el galeon rendido por las penas  
 Triste dormía sobre sus cadenas.

III.

Duerme el viento, las aguas, las banderas,  
Do brillan cuatro barras sanguinosas,  
Todo duerme en la mar, y en las galeras,  
Escepto tú, Roudor, que paz no gozas.  
¡No duermes! por curar las llagas fieras  
Que abren de amor las flechas venenosas.  
Pides como un remedio á tus querellas  
La imágen de su amada á las estrellas.

IV.

Famoso era Roudor entre famosos,  
Por su valor, desgracias é hidalguía;  
Lleno de pensamientos generosos,  
Aunque bastardo, sérvido quería  
Elevarse á los astros luminosos,  
Y en ellos escribir su nombre un día:  
El hado lo negó, su escasa gloria  
Se alzó y brilló, perdiéndose en la historia.

V.

Sentado en un rincón de la galera  
Del gran Roger, á quien la escuadra acata;  
A la sombra que arroja la bandera  
Las tardas horas de la noche mata;  
De pronto su mirada alzó á la esfera,  
Y en sus manos tomando arpa de plata,  
A los astros demanda entre su llanto  
Un consuelo que mengue su quebranto.

VI.

«¿No es cierto que en la playa serpentina  
«Del mar que de Bizancio el suelo riega,  
«Llorando sobre el agua cristalina  
«Sorprendisteis luceros á mi griega?  
«¿No es cierto que una niña peregrina  
«Por un soldado al Dios del bravo ruega?  
«¿No es cierto que en vosotros mi estimada  
«Busca cual yo la suya, mi mirada?»

VII.

«Bella es la virgen que mi pecho adora  
«Mas que el lirio gentil que el agua cria  
«Que los brillantes, que el rocío llora,

«Mas que al salir del mar la luz del dia,  
«Tanto que para hacerla mi señora  
«La corona de un rey ceñir querría:  
«Sienten envidia al verla tan hermosa  
«Los astros en el cielo, aquí la rosa.

VIII.

«Pláceme recordar la hora pasada  
«Cuando á Elena miré por mi ventura  
«En la corte de Andrónico sentada  
«A todas eclipsando su hermosura;  
«Yo la miré, quedó ruborizada,  
«Desde entonces la adoro con ternura,  
«Y voló el corazon en pos la que ama  
«Cual mariposa incauta en pos la llama.”

IX.

Asi Roudor alzaba su querella  
Con trobas que el amor tierno le inspira,  
Cuando oye el suspirar de una doncella,  
Que su canto escuchó, tambien suspira:  
«Si fuése Elena, —piensa— ¡es ella!.. ¡es ella!..”  
Su velo el aura alzó, Roudor la mira,  
Y juzgando imposible tanta suerte,  
Su mano suelta el arpa, y queda inerte.

(Se continuará.)

---

**A LA VIRGEN SANTÍSIMA.**

**SONETO.**

Es bella al despuntar por el Oriente  
La aurora con su manto de escarlata,  
Cuando del sol la roja luz dilata  
Por ese cielo limpio y trasparente;  
Es bella al elevarse blandamente  
En su carro magnífico de plata  
La luna que en la linfa se retrata  
Del arroyo que corre mansamente;  
Pero mas bella tú, Virgen divina,  
Madre de un Dios que con amor interno  
En tu seno encontró digna morada:  
Ni sol, luna, ni estrella matutina  
Compiten con la hija del Eterno  
De gracia y hermosura tan colmada.

Juan Sirera.

## GOSTUMBRES.

### DE BAILE EN BAILE.

#### ARTICULO 2.º

(Conclusion.)

Si, tengamos por cierto que el baile de la Casa-lonja ofrece un sitio de encanto, unas horas deleitables, y muchísimo para la observacion del hombre que se halague de ver las cosas en su fondo y significacion verdadera, sin sentirse deslumbrado por el oropel, ni engañado por el fingimiento: ¡cuántas verdades no obstante se dicen por el secreto de la máscara! muchos hay que no frecuentan estos salones, porque temen en ellos una acusacion explicita y justa sobre su moralidad: no todos pueden en el mundo presentarse con frente erguida ante sus semejantes, pero es el caso de que el vicio es añejo, y que en todos tiempos ha existido difundida la semilla del bien y del mal, cayendo en la desgracia de que el remedio para éste, no sea bastante eficaz, aunque todo lo discorra la inteligencia humana, para atajar su vuelo pernicioso; nosotros diremos con un célebre novelista contemporáneo, «que si los malos supiesen la ventaja de los buenos, se harian para lograr su intento, mejores que el mas honrado;» pero estamos en el baile, y no sientan bien las disertaciones filosófico-morales: sigamos nuestro rumbo trazado.

Aquí se vé un moro encofetado y recio á guisa de buen papá, con tres niñas á bordo y lleno de las atenciones mas críticas para salir del ahogo en que se encuentra: algun mal intencionado le cosió un papelito en el turbante, en él se lee su nombre, que oye pronunciar á los concurrentes; como ignora la jugada, cree que le conocen por la forma marcada de su cuerpo, y maldice la hora de su trasformacion; las barbas le sofocan, en una palabra, está prensado y promete no volver mas; su pareja es una monja, ¿si será la mamá? la tolerancia es el emblema de la máscara: una religiosa con un moro, vaya un contraste: ¡pobres mamás, perdiendo el sueño que tan del caso es para sus muertas ilusiones! tributémoslas un respetuoso afecto por su solicitud en acceder á los deseos de las niñas, y por la amabilidad con que salen de su centro, para llorar mas de una vez los momentos perdidos. ¡Si los jóvenes tuviesen la intencion de los viejos, y estos el poder y lozanía de aquellos! ¡Oh! se vieran cosas estupendas, decia con sobrada lógica un D. Simplicio, que era taimado y picarillo como él solo.

A la nuestra: hé aquí una comparsa de labradores, capaces de atolondrar al mas flemático, hablan el lenguaje valenciano, pero con tan terribles y descompasadas voces, que es preciso dejarles en su triunfo, en sus caprichos y pesadas chanzas: el que se oponga en algo á un máscara que vista de labrador, se oirá el insulto por gracia y las espresiones mas repugnantes; debiera hacerse justicia á esas clases que hablan generalmente con modestia y con buenos modos: esto será sin duda predicar en desierto, pero debe decirse; los que se disfrazan de labrador lo presentan en su ma-

yor deformidad y con una fiera que espanta y se hace de temer; por ello, pues, se aprovechan los campesinos del disfraz de un señorito para ridiculizarle en monstruosa caricatura, y anda la marimorena que es un gusto, y no sabemos quien gana á quien en la contienda, ni el que se lleva la palma; para todos hay vela en el entierro y mas de una verdad amarga sueltan los de la campiña, que puede servir de banderilla á los ciudadanos.

Un moro, un griego y un romano, son en este sitio la significacion mas viva de la pobre intencion que cumple á los que se sirven de estos trages: un torero produce una explosion: un mágico, con su varita infalible, nos recuerda que las máscaras van en decadencia, y que los disfraces caprichosos pertenecen á la historia: una pasiega huele á cebolla: un figuron revela gran humor y muy animada idea de las diversiones: un guerrero con su cota de malla la presuntuosidad en compendio. De todo vemos aquí; cada cual goza á su modo, mientras que algunos que parecen retraídos, salen adelante con su empresa, y pelan la pava y matan la araña, como dijo Blas, porque pian pianito se llega á término deseado, mejor que haciendo el paseo real con ostentosos trages ó ridiculas farsas; pero bueno es que algunos cuantos la echen de payasos para proporcionar espectáculo á los tunos que siempre logran fortuna y se divierten á costa de los demas.

Los trages de beata, labradora, dominó y otros de caprichosa elegancia son de gran séquito; que furor de beatificacion en un siglo tenido para los místicos por desmoralizado: callemos porque peor es meneallo, y si las gentes quieren parecer lo que no son, estamos en que su voluntad es libre; nosotros creemos con el ilustre Balmes que no existe tanta perversidad como se dice, y con sobradísima razon en defensa del sexo encantador que endulza las penas de la existencia.

--Amigo mio, adios: conozco una compañera que te ama tiernamente.

--Gracias, ¿y quién es ella? dímelo.

--Mañana saldrá á un balcon de la calle de de San Vicente, á las doce en punto: no hagas falta para ser visto y reconocer á una personita que te conserva en su corazon: hasta mañana; yo veré si cumples: adios.

--Adios: no seré yo quien sirva de irrisión á esas niñas que seguramente me dan la cita para hacerme blanco de su punzante sátira: no me vereis, á pesar de esas misteriosas palabras, porque no soy cándido para caer en la red; pero ¿y si es cierto? que lo sea; estamos en carnaval y el riesgo es inminente.

Fuerza es que cediendo al cansancio tomemos una silla por un instante: de aquí oiremos cuanto digan en su tránsito los que dan vueltas al salon: notemos pues esa combinacion de voces como el eco de otras tantas escenas que tienen lugar en este recinto.—No me conoces, no.—No te conozco.—Está V. bellissima.—Si él estuviera aquí.—¿Te diviertes?—Sí, mucho.—¡Falsa! ¡no pensaba eso de tí!—He de hablarte de aquella noche, ingrato.—Caballero, gracias.—Eres muy necio y presumido, te lo diré sin careta.—¡Ay! la mamá nos oye.—Genís, me gustan tus versos: ¿en dónde están tus amigos Puig y Paco?—Bailaré con V.; me fastidia aquel hombre.—¡Qué fatalidad!—A la fonda.—No, no te engaño.—Bien, bien, nos veremos;—que te diviertas.—Estas y otras mil frases distintas se oyen desde nuestro asiento, al eco de las muchas conversa-

ciones que se tercián, y de mil argumentos que se sustentan á un tiempo.

A nuestro lado se halla sentada una mamá con sus bellisimas niñas: nadie deja de alcanzar de ellas una punzadita satírica: de todos saben la historia: la mamá está cayendo de sueño; las niñas se hallan sobradamente despiertas. Cerca de nosotros tambien se ve una dichosa parejita que por regla de simpatía se ha identificado en el gran goze de ensimismarse olvidando cuanto les rodea: dichosos ellos; ¡cuánto se dirán de lo bueno!

Mucho se baila, pero tan solamente por una clase determinada: antiguamente sucedia lo contrario; el tiempo siempre vuelve lo de arriba abajo; bueno es que todos gusten de todos los placeres conocidos: felices ellos si no se cambian en triste positivismo para vivir entre ascuas.

Que pesadéz, que fatiga, el gentío es numerosísimo, en el salon no puede respirarse, salgamos un ratito á la fonda; ya estamos en ella: este es el punto de la realidad, aquí existen ilusiones de mayor temple que en el salon; que rostros tan alegres, que animadas conversaciones; aquí está la mitad de la vida, y se saca un gran partido con tenedor en ristre y cuchillo en mano.—Abur amigo: ¿V. gusta.—Gracias.—Mozo, una perdíz.—Venga una botella del Rin.—¿Llega eso pronto?—Traiga V. el jamon.—¡Oh! que palabras tan edificantes: desgraciado el gastrónomo que llegue aquí sin dinero, se verá mas negro que la tinta: bebamos una copita; que bien sienta: estamos listos, aunque con sueño, porque pesa sobre nosotros una hora avanzada.

La última vuelta por el salon: nada ofrece mas de lo que hemos visto; aquí hay mucho que observar; preciso será que marchemos á entregarnos en brazos de Morfeo; no puede decirse todo, luego es mejor dejarlo para otros que estén en gracia.

Adios centro de ilusiones, hasta otra noche en que nos brinde la alegría para encantar nuestro ánimo al resplandor de tanta belleza; ya se retiran muchos por haber sonado, sin esperarlo, el funesto son del clarín; los amantes maldicen, todos se muestran fatigados, y el tropel se aumenta en la roperia: adios placeres, así desaparecen las glorias mundanas á impulso de una realidad que oscurece el brillo de la hermosura y la belleza.  
—Francisco de Paula Gras.

---

## FELIPE DE LUCHEX,

NOVELA ORIGINAL

escrita por D. Joaquín Bardo de la Cuesta.

### PRIMERA PARTE.

(Continuacion.)

--¿Y qué importa eso?

--Mucho. El tendrá quien le proteja, y yo pobre de mí no tengo á nadie; pero dejadme. ¿Habeis oido? ya monta á caballo.

--Clopin, yo me encargo de protegerte y de salvarte.  
--¿Será posible?... pero no.... vos nada podreis ahora. Sino lleváseis esos hábitos lo creeria, pero.... Soltadme, vive Dios, que ya se ha marchado.

--¡Posadero, posadero! gritó el fraile, ínterin Clopin le miraba con no poco asombro.

Viendo que no contestaban ni subian se asomó á la ventana. En el patio estaba el posadero.

--¡Eh! le dijo el fraile, sacad nuestras cabalgaduras de la cuadra: ¡pronto, pronto!

--Pero, señor, dijo Clopin, por el santo de mi nombre no os entiendo.

--¿Clopin, tú estás pobre, no es verdad?

--Sí, muy pobre.

--Yo te haré rico.

--¿Rico?

--¿Tú huyes de vuestra patria?

--Sí, aunque con dolor.

--Yo te volveré á ella.

--¿Pero y los soldados de la prebostia?

--Nada te dirán.

--Será posible, exclamó Clopin lleno de gozo.

--Sí, Clopin, pero es necesario que la muerte del duque de Marancy sea vengada, y que Felipe de Luchex muera.

--Será difícil.

--¡Difícil! murmuró el fraile sonriéndose. Allá lo veremos.

En esto se oyó la voz del posadero que gritaba:

--Padre, cuando querais podeis bajar. Todo está dispuesto.

El padre Luciano, seguido de Francisco Clopin, bajó al patio, montó en su mula. Clopin se plantó de un salto en su caballo, y el posadero abrió la puerta despues de haber, como buen católico, besado los hábitos del fraile.

Los viajeros salieron al trote.

## CAPITULO XI.

*De como Felipe de Luchex sabe que Francisco Clopin venia huyendo de Francia.*

Felipe de Luchex pertenecia á aquella clase de jóvenes de los tiempos antiguos, que ademas de haber heredado un apellido ilustre, se habian familiarizado desde sus mas tiernos años con toda clase de fatigas, y que con mayor facilidad manejaban un disforme espadon, que ahora nuestros modernos un florete. Apenas Felipe se vió fuera de Madrid, no pensó en otra cosa que en ver de que modo llegaria antes á París, y no encontró otro que el de correr mucho y no detenerse en ninguna parte, mas que el tiempo necesario para comer y cambiar de caballos. Hemos dicho en uno de los capitulos anteriores, que negocios de suma importancia le llevaban á la capital de Francia, pero no era esto solo lo que le hacia caminar tan de prisa, y á pesar de su mucho celo por todo lo que pertenecia al buen desempeño de su destino, los pliegos del embajador Jeannin hubieran lle-

gado un día ó dos mas tarde, si Margarita no hubiese estado tambien en París; pero el amor es un gran resorte para vencer dificultades. Felipe llevaba la cuenta de las leguas que corria, y cuando por la noche dejaba caer su fatigado cuerpo en una mala cama de posada, daba por bien empleado su cansancio, y se alegraba de pensar que habia aquel dia andado diez y seis ó diez y ocho horas, y su satisfaccion se aumentaba cuando pensaba que al dia siguiente podria descontar otras tantas de las trescientas sesenta y cinco que mediaban entre la córte de Francia y España. Ningun acontecimiento desagradable le impidió el caminar con la celeridad que quiso, ni las lluvias ni los ladrones se opusieron á sus deseos. Su criado no pudo seguirle, y se quedó casi reventado en una venta. Preguntóle su amo cuántas horas necesitaria para recobrar fuerzas, y habiéndole parecido demasiado las seis horas que el pobre le pidió para reanimarse, le dejó, y se fue solo. Aquel dia corrió tanto, que su caballo cayó reventado en las calles de Oyarzun, en donde se detuvo el tiempo necesario para comprar otro en la misma posada, en donde habia parado el padre Luciano y Francisco Clopin. Felipe no quiso detenerse en este pueblo: Irun distaba solo dos leguas, era el último pueblo de España; y tal vez la idea de dormir algunas horas cerca de Francia, halagó la imaginacion del enamorado jóven, así fue que despues de haber montado en el nuevo caballo, se dirigió al galope hácia Irun, sin prever que en aquella posada dejaba dos hombres fuertes cada uno de por sí, y que unidos ahora, proyectaban su perdicion. Apenas llegó á Irun se hospedó en una posada que habia á la entrada del pueblo. El posadero no se habia recogido aun, y le recibió con mucha amabilidad.

--¿No habeis encontrado un viagero? le preguntó.

--No, no he encontrado á nadie.

--Monta un hermoso caballo que ha andado hoy veinte leguas.

--Segun eso, el prodigioso caballo habrá andado veinte y dos si ha ido á descansar á Oyarzun.

--Si ha podido resistir las dos últimas.

--¿Y no habeis podido averiguar el motivo que obliga á su dueño á correr de esa manera? Tal vez sea algun enviado de la córte de Francia: ¿tenia trazas de ser persona notable?

--Nada de eso: iba muy mal vestido, y sobre todo tenia una cara que mas bien correspondia á un asesino que á un caballero.

---

## TEATRO.

### REVISTA CRITICA.

LUCIA.—LA DUQUESITA, *drama en dos actos arreglado al teatro español por D. Ventura de la Vega, y precedido de un prólogo, original del mismo autor.*—Ejercicios de dislocacion y juegos de equilibrio por Mr. Rattel.—Beneficio del Sr. maestro Zerilli.

Los fúlgidos destellos de una luz moribunda, precursora de un porvenir todavia en embrion, forman el emblema mas significativo que pudiera

trazar actualmente la poesía á la entrada de nuestro coliseo. Ahora bien, nosotros que á despecho de los maldicientes de áustero ceño nos hemos erigido en paladines de la belleza y sacerdotes de Talía, ¿no exhalaremos siquiera una queja antes de que se apague el fuego sagrado del entusiasmo, dejando á nuestra escena valenciana cubierta con las frias cenizas del olvido? Esperamos con ansiedad la resolución de una crisis en cuya feliz terminación tanto interesan el buen nombre y cultura de esta capital tan alabada por propios y estraños. ¿Qué otra cosa podemos decir por ahora los profanos á quienes no es dado penetrar en el *sancta sanctorum* de las negociaciones y desavenencias que ha traído el enojoso asunto de las negociaciones y desavenencias que ha traído el enojoso asunto de arriendo? Hablaremos de lo que hemos oído y visto por nosotros mismos, y aun así, y todo, no ha de faltar quien sostenga *intra parietes domesticos*, que nos equivocamos.

Ciertamente, al asegurar que *Lucía* ha sido medianamente ejecutada, creemos que el público garantiza nuestra asercion, única honra y provecho que nos queda á los que en este siglo podemos escribir la verdad; pero como se nos exigirán pruebas, vamos á detenernos en darlas á fuer de imparciales. En el duo de tenor y tiple, el Sr. Castell, valiéndose á nuestro entender del recurso de algunos apuntes, ejecutó como era de esperar de un artista que comprende y sabe decir tan bien cuando canta en su verdadera cuerda; luego salió felizmente de su *maledetto*, si bien dando una patada que calificamos de mal gusto para espresar la desesperación trágica; y tras cantar débilmente el duo con el barítono, terminó su mision con el aria final oída en medio de un silencio bastante significativo. Ya lo augurábamos, teniendo en cuenta las especiales dificultades que reuné el papel de *Edgardo* comparativamente á una voz de tenor poco estensa. En orden á las restantes partes, escusaremos repetir lo que ya apuntamos cuando se oyó la mitad de la ópera, porque no queremos ser prolijos cuando la verdad nos obliga á ser justicieros. Con la reseña de *Lucía*, cerramos, pues, el repertorio de las novedades líricas de la temporada; ya puede la compañía filarmónica dormir sobre los laureles adquiridos.

El *esprit* francés no es lo que propiamente llamamos talento en Castilla; la loca de la casa, como apellidaba Montaigne á la imaginacion, es la dueña del cerebro cuando nuestros vecinos traspirenáicos tratan de entretener y divertir á cierta clase de público: si así es la pura verdad, ¿por qué estrañar que la mayor parte de las traducciones modernas basen sobre enredos inverosímiles á todas luces? *La Duquesita* es una flamante prueba de ese contraste que forman ciertas producciones dramáticas profundas del teatro francés con la frivolidad y poca meditacion que se echan de ver á primera vista en la concepcion de otras varias. *Pilbois*, militar pundonoroso ha jurado vengar una grave afrenta, y no hay duda, cumplirá su fatal voto, así que la viuda del injuriador dé á luz un varon capaz de dar y recibir una estocada: ¡amor de madre! El fruto de sus entrañas es por desgracia un duquesito muy arriscado que irá á Roma por todo con tal de dejar ilesa la memoria de su ilustre padre, y no es cosa de que el espadachin de *Pilbois* satisfaga impúnemente su rencor de hiena. ¿Qué hacer? Nada mas á propósito ni inverosímil que vestir de niña al duquesito, y hacerle ignorar su sexo hasta que el autor haya de terminar el drama. Diez y ocho años han pasado al principiar el primer acto, y todavía *la duquesita*

macho no sabe para qué fin fue criado el hombre, ni por qué ama á las mujeres. Esto nos recuerda aquella salida del gentilhombre de la comedia de Molière que se maravillaba muy chistosamente de que hacia cuarenta años hablaba prosa sin saberlo. Pero esto aun es nada; el enredo ha de llegar á *quid pro quo*, y para ello ¿qué cosa mas natural sino que el último vástago de los Choissi le evite la desgracia del matrimonio á su querida Julia, sustituyéndola en el altar de Himeneo? Aquí de los equívocos picantes, y de las frases á medio vestir: ¡idea original! ¡un hombre casado con un hombre! ¿Y qué? Pilbois que ha ocasionado toda esta farsa, ¿no conseguirá descifrar el enigma que adivina en los ojos y varoniles actitudes de la duquesita? Sí, Pilbois se batirá; es decir, se batirá como se baten muchos hoy día, porque el duquesito de Choissi es un valiente, y todos los valientes simpatizan. En la época del romanticismo, el drama hubiera acabado con un entierro; actualmente ha terminado con una boda. Cada cosa en su tiempo. Verdad dramática, ó sea la verosimilitud aplicada á la escena; he aquí la principal falta que afea la composición á que aludimos. Interés; sin verdad no puede concebirse, porque á lo mas, dado que el espectador se divierte, será por su bastardo interés en reirse hasta de lo inverosímil: ¿moralidad? tampoco es gran dosis la que ofrece un drama, en que lejos de resaltar alguna idea filosófica que instruya por el deleite, este se reduce á escuchar con avidez algunos chistes picarescos de *vaudeville*. El prólogo es en nuestro concepto lo mejor de la composición, reuniendo además el mérito de sentar una base á los hechos posteriores, inadmisibles de todo punto á proceder de otro modo. No obstante, el capitán Pilbois, tan pundonoroso y vengativo al principio del drama y durante sus más alegres escenas, un valiente que se abaja hasta aceptar el reto y, lo que es mas, el bofetón de un jovencillo, al fin desarma su rencor, y cae en la inconsecuencia de perdonarle la vida. Para llegar á este sorprendente desenlace, no se necesitaba todo un drama silbado. Efectivamente, el público, después de haber saboreado las gracias de un diálogo, ameno y divertido en varias escenas, conoció su debilidad y gritó la traducción. Desearíamos que el Sr. Vega, cuyo talento tanto descuella en las producciones originales y en no pocas composiciones arregladas á nuestro teatro, nos evitase el disgusto de añadir nuestra censura á la del público. Severidad, profundidad y verdadera gracia: ninguna de estas dotes suele faltar al Sr. Vega como autor, pero de casi todas ellas nos ha privado en su Duquesita-máscara. En el teatro del Instituto de Madrid ha obtenido sin embargo un éxito brillante, debido sin duda á la novedad de ciertas situaciones, y corrección de algunos chistosos diálogos.

La ejecución ha sido buena en lo general, pues si bien la travesura de la Sra. Valero degeneró en tontería y frialdad algunas veces, en los principales pasajes estuvo á la altura de su reputación. El Sr. Guerra representaba un papel de bien poca importancia, pero á pesar dello acertó á sobresalir en varias escenas: no menos felices se mostraron la Sra. García y el Sr. del Río, si prescindimos de algunas exageraciones de mal gusto.

La justa celebridad de Mr. Rattel nos dispensa de reseñar los pasmosos juegos de equilibrio que ejecuta con el aplomo y seguridad mas inconcebibles: con efecto, los paseos sobre los cuellos de botellas y otras peligrosas actitudes con que ha suspendido nuestra atención, demuestran una habilidad rara y estudios continuados. Sobre todo, ha merecido singulares

aplausos la escena del Borracho. En la misma noche que el aplaudido equilibrista se hacia admirar de un respetable concurso, el Sr. del Rio, en el *Héroe por fuerza* le hizo oír mil gracias de propia cosecha, logrando escitar unas veces risa y otras disgusto. Solo en algun pasage, y cuando el actor se halle verdaderamente inspirado, creemos puedan permitirse tales licencias, ya que los chistes improvisados sobre las tablas, raras veces podrán competir en intencion y buen gusto con los que dictó el autor del drama á fin de obtener bajo su esclusiva responsabilidad todo su buen ó mal efecto. Ciertamente no desconocemos las exigencias de ciertas fracciones del público, pero el actor, cuyo porvenir está tan íntimamente ligado con la suerte de la literatura dramática, debe mirar mas alto, y mantenerse constantemente fiel intérprete de la inspiracion del autor, única mision que le cumple desempeñar sobre la escena.

Motivos que no es difícil adivinar, han obligado al Sr. Zerilli á darnos por beneficio un *pot-pourri*, capa de estudiante, cajon de sastre, funcion mónstruo, ó séase lo que al lector plazca. Si tan explicitos hubiéramos andado desde principios de temporada, de seguro no nos hubiésemos llevado el solemne chasco de esperar un día y otro dia el *Bravo*, *I Masnadieri*, *la Muta di Portici*, y otras buenas partituras que aplaudirá el público cuando plegue á Dios que pueda oirlas. A bien que *Macbeth* lo compensa todo; y lo demas son gollerías. Como decíamos, pues, hemos oido en una sola noche: 1.º La sinfonia de la *Semíramis*, bastante medianamente desempeñada: 2.º *Percances de un apellido*, piececita bien representada por los Sres. del Rio é Ibañez: 3.º El aria á la *pace de gli eletti*, en la ópera *Il Giuramento*, cantada por el Sr. Gironella con poco colorido y oida por el público con menos entusiasmo: 4.º La romanza de *I Normanni á Parigi*, digna de un *spartito* que tan poca aceptación nos mereció en otros tiempos: 5.º La cavatina de *Linda*, graciosamente egecutada por la Sra. Cattinari, en una casa pobre de sainete, indigna de su situacion: 6.º El aria de *la calunnia en el Barbero eseguita dal Sr. Segarra* con un aplauso correspondiente á las facultades y estudios que demostró: 7.º Un gran capricho fantástico instrumental del Sr. beneficiado Zerilli, ruidosamente aplaudido, no tanto por la novedad de los motivos melódicos, como por la feliz combinacion de mas de ochenta voces armonizadas con buen efecto: 8.º El aria coreada de *Columella*, en cuya egecucion reveló el Sr. Fuentes facultades recomendables y génio imitador; y por último, una nueva polka bailada con éxito. Pedir mas ambicion fuera.

Para finalizar el año cómico cual corresponde, se están preparando funciones variadas, y algunas nuevas. ¿Serán los fúlgidos destellos de una luz en su ocaso?... No lo esperamos, si como hemos oido á última hora, ha quedado por fin constituida la nueva empresa.